

EL PROBLEMA DE LOS NIVELES DE EDUCACION

En la reunión de la Sociedad Europea de Educación Comparada celebrada en Amsterdam en junio de 1963 se aceptó sin discusión la idea—resultado de una observación detenida de los principales sistemas escolares del mundo—de que en los clásicos niveles de educación primaria y secundaria se está sufriendo una transformación.

De una parte, la escuela primaria, con su contenido tradicional, nocional y operativo, está resultando insuficiente para las necesidades del mundo actual, en el cual la técnica va invadiendo todas las necesidades de la vida. Paralelamente, el trabajo del hombre se va haciendo más complicado, y requiere una mayor preparación.

Por otra parte, se está constatando también como un fenómeno universal el hecho de que en la educación secundaria, junto a unos contenidos fundamentales que se consideran necesarios para toda la juventud, se dan también contenidos diferenciados. Esta diferenciación se proyecta más adelante en los estudios especializados de nivel universitario o en profesiones de tipo medio también diferenciadas en el campo del trabajo.

Los hechos apuntados llevan a la conclusión de que la educación primaria y la educación media, en lo que ésta tiene de contenido fundamental, se están reuniendo en su solo

proceso educativo que se considera necesario para todos los hombres de hoy. Concretamente, la enseñanza obligatoria, de la que se deben beneficiar todos los seres humanos, traspasa los límites de los contenidos primarios y abarca también el contenido que se puede considerar general de la educación secundaria.

La tendencia a la fusión de la primaria y la secundaria de que acaba de hacerse mención no se justifica únicamente en el avance técnico de la humanidad, sino que obedece a razones más profundas, incardinadas en la naturaleza misma del proceso de la educación humana. Efectivamente, la enseñanza primaria, limitada a la infancia del hombre, no puede tener contenido científico en sentido estricto, según se ha repetido muchas veces. El contenido cultural se reduce a la adquisición de nociones—intelectuales, por supuesto—y hábitos culturales de tipo operativo, pero de ningún modo ciencia en sentido estricto, porque ésta implica la capacidad de razonamiento científico, de demostraciones, cosa que no es capaz de realizar la mente infantil. Es menester que el ser humano traspase los límites de la infancia para entrar en la adolescencia, época en la que, junto con la capacidad de reflexión y de crítica, se hace posible la actividad científica en sentido preciso.

Siendo la naturaleza del hombre esencialmente racional, exige conocer no sólo las cosas, sino el porqué de las cosas, es decir, sus razones, lo cual vale tanto como decir que el hombre está vocado hacia la ciencia: al conocimiento de las cosas por sus causas. Por consiguiente, una enseñanza como la primaria deja sin satisfacer esta vocación esencial del hombre hacia el conocimiento científico.

La experiencia corriente da también la razón de esta vocación del hombre a la ciencia. El sujeto que sólo adquiere la enseñanza primaria, no la conserva tal como la adquirió en la escuela. Tiene ante él tres posibilidades que son otras tantas modificaciones de su vida cultural.

La primera es la continuación de los estudios en los centros de educación secundaria, en los cuales ya se le proporciona conocimiento científico; en este caso la cultura

primaria ha servido como base y suministro de elementos y hábitos operativos para la actividad cultural de la enseñanza media.

La segunda posibilidad está en un autodidaxis. Efectivamente, se pueden encontrar sujetos que, una vez abandonada la escuela primaria, sin participar en la vida de otras instituciones educativas, a través de lecturas de libros y periódicos o tal vez de actuaciones extraescolares—como cursos nocturnos o de extensión cultural—, continúan ampliando su cultura hasta llegar a formarse criterios acerca de las cosas y acerca de la vida, es decir, a razonar las decisiones y a justificar su propio modo de vivir. En este sentido, podemos decir que el sujeto ha completado la enseñanza primaria siguiendo por su cuenta el proceso de educación.

La tercera posibilidad—por desgracia, la más numerosa— es la de que los sujetos que han adquirido la cultura elemental en la escuela primaria ni participen en la vida de centros secundarios ni se preocupen de continuar su propio desarrollo cultural; en este caso, la cultura primaria no permanece estática, sino que, de hecho, desaparece, o al menos queda reducida a aquellos hábitos de cálculo y de lectura elemental—por ejemplo, de cartas familiares—que constituyen la mínima vida cultural de tantas gentes del proletariado industrial y de los campos.

Si la cultura primaria resulta insuficiente para las necesidades del hombre actual, por otra parte el nivel secundario está ensanchando sus límites y sus contenidos.

Por el límite inferior se extiende a veces hasta actuar con alumnos que no tienen el grado de desarrollo suficiente para beneficiarse de la enseñanza secundaria. Tal es el caso del sistema escolar español, empezando la educación secundaria a los diez años, es decir, con sujetos que son niños, en el sentido estricto de la palabra. Que se trata de un comienzo prematuro de la enseñanza media, se pone de relieve en el hecho de que las asignaturas que tradicionalmente se venían considerando como específicas de la enseñanza media, tales como el latín—no por ser lengua, sino por enseñarse de modo científico, es decir, gramatical y sistemático—, se han

tenido que retrasar al tercer año del bachillerato, es decir, cuando los sujetos tienen por lo menos doce años, en los cuales se puede suponer el suficiente desarrollo para la actividad científica. Otro tanto pudiera decirse de las materias que incluyen demostraciones científicas.

Por otra parte, está el testimonio de personas interesadas en los problemas docentes, cuya opinión no deja lugar a dudas. Sin que pueda dar datos acerca de su validez estadística, y señalándolo simplemente a título de indicio, mencionaré una encuesta que en 1961 elaboró el CEDODEP, en la que, entre otras cosas, se preguntaba la edad que se considera más adecuada para el comienzo del bachillerato, y que, enviada a personas competentes en el terreno educativo—como directores de institutos y colegios, directores de escuelas del Magisterio y de comercio, inspectores, maestros, padres de familia, etc.—, obtuvo los siguientes resultados: opinaban que la enseñanza media debía empezar con niños de

Diez años cumplidos	9 %
Once » »	14 %
Doce » »	55 %
Trece » »	11 %

Tal vez convenga puntualizar que el grupo integrado por los directores de centros de los distintos tipos de enseñanza media respondió en un 62 por 100 a favor del comienzo de dicho tipo de enseñanza a los doce años, porcentaje que supera al que se señala como resultado total de la encuesta.

En cuanto al límite superior de edad, también la enseñanza media, especialmente en sus direcciones profesionales, está ampliándose, hasta llegar a superponer la escolaridad secundaria con la universitaria, lo mismo que en el límite inferior la enseñanza primaria se superpone a la media. Así se pone de relieve que los estudios de peritaje y los de ayudantes técnicos sanitarios, por ejemplo, comprenden alumnos de la misma edad y con la misma escolaridad que los de los primeros años de la universidad.

Ante los hechos apuntados, cabría formularse la pregunta de si la evolución de la humanidad por una parte, y el

deseable desarrollo cultural para todos los hombres por otra, no hacen necesario modificar el concepto tradicional de los tres niveles de enseñanza —primaria, media y superior— para considerar sustancialmente dos tipos de educación sucesiva: uno, el que puede llamarse enseñanza o educación general, básica o fundamental, que comprendería no sólo lo que hasta ahora ha venido siendo la enseñanza primaria, es decir, la enseñanza nocional y operativa, sino el primer ciclo de la enseñanza media, que tiene un carácter general y sistemático. Con ello se alcanzaría el perfeccionamiento exigido por la adquisición de nociones y hábitos operativos culturales y se daría una cultura sistemática a toda la juventud.

Después vendría la enseñanza especializada, de acuerdo con las peculiares condiciones de cada sujeto; la especial naturaleza de cada campo de cultura y la especial estructura de cada dedicación profesional.

¿Quiere esto decir que, lo mismo que parecen unificarse el primer ciclo de la enseñanza media con la primaria, se habría de unificar el segundo ciclo de la enseñanza media, es decir, el diferencial o especializado con la universidad? No hay ningún inconveniente en que esto se entienda así, pero ello equivaldría a plantearnos el concepto mismo de *universidad*.

Universidad y universidades, multiversidad.

Quizá nadie como el cardenal Newman ha expresado la esencia de la universidad en su carácter tradicional y aristocrático—en el mejor sentido de esta palabra—, al señalar como constitutivo de la institución universitaria la «excelencia intelectual». Como en repetidas ocasiones a lo largo de la historia, el cardenal Newman fracasó en la institución de una universidad católica, pero expresó maravillosamente la idea de la universidad. Idea de universidad como una institución que aspira a elevar el tono intelectual de la sociedad, a cultivar el alma colectiva, a purificar el gusto nacional, a ofrecer principios verdaderos para el entusiasmo po-

pular, a fijar ideales a las aspiraciones del pueblo, a proporcionar corrección y sobriedad a las ideas de una edad, a facilitar el ejercicio del poder público y a dar finura y decoro a la vida privada. Estas nobles aspiraciones no están reñidas con una virtualidad práctica que animó desde el principio a la institución universitaria. No podemos olvidar que la gloria de los colegios universitarios de la baja Edad Media, y sobre todo del comienzo de los tiempos modernos, estaba en que de sus aulas hubieran salido los hombres que conducían a la sociedad. Newman mismo dice que la universidad prepara a un hombre «para desempeñar un puesto con prestigio y para dominar una materia con facilidad».

Pero ocurría que a mediados del siglo pasado, cuando Newman escribía su *Idea of a University*, en Alemania—especialmente, en Berlín, por la influencia de Humboldt—se estaba realizando un nuevo modelo de universidad, en el cual «la ciencia empezaba a ocupar el puesto de la filosofía moral, y la investigación, el puesto de la enseñanza».

En el siglo XIX, paralelamente a la modificación que acaba de apuntarse en Alemania, se desarrollaba también un cambio en la idea y en la vida universitaria, especialmente en los países latinos, merced al influjo de la política estatista y liberal. Las universidades dejaban de ser entidades autónomas, preocupadas por la formación de hombres o de investigadores científicos, para convertirse en instituciones estatales, cuyo principal cometido era la formación de profesionales y de funcionarios.

Pero las condiciones sociales siguen cambiando, y hoy más rápidamente que nunca. Si la universidad tradicional se mantuvo durante seis siglos, la universidad científica y moderna, al cabo de un siglo de existencia, está igualmente viendo nacer otros modelos de universidad. La revolución burguesa industrial del carbón y del hierro, con la científica de los métodos experimentales, contribuyó, por no atreverme a decir que trajo, al nacimiento de la universidad moderna. La revolución del petróleo, de la electricidad y el átomo y la revolución política del proletariado han dado lugar al nacimiento de una nueva universidad,

La universidad fue para pocos, como para pocos era la riqueza y el poder político; pero hoy todo el mundo aspira y tiene conciencia del derecho a la educación en sus más altos niveles, al acceso a los bienes materiales y de cultura. Por otra parte, la ciencia alimenta continuamente una vertiginosa evolución técnica que está invadiendo desde los grandes medios de comunicación internacional hasta los menudos quehaceres del hogar. A la universidad se le exige cada vez más en sentido personal y en sentido cultural, es decir, que cada vez más la universidad abre las puertas a la juventud y se exige que cada vez más la universidad se preocupe de todos los aspectos de la existencia humana.

Pensando en la universidad moderna, Flexner decía en 1930: «Una universidad no está fuera, sino dentro, de la fábrica social de una determinada era... No es nada aparte, algo histórico, algo que permanece tan refractario como es posible a las fuerzas y a las influencias más o menos nuevas. La universidad es, por el contrario, la expresión de una edad tanto como una influencia operante sobre el presente y el futuro.» Con estas palabras Flexner aplica a la universidad la idea, que ya es común, de que cualquier institución escolar es una sociedad inserta dentro de una comunidad más amplia, en la cual influye y de la cual a su vez recibe influencias.

En la medida en que la universidad de hoy se ha ido haciendo cargo de las constantes peticiones que se le hacen para que tenga una mayor vinculación con los problemas y necesidades sociales, la institución universitaria se ha ido complicando progresivamente.

Clark Kerr acaba de publicar un libro pequeño, pero lleno de interés, cuyo título, *The Uses of the University*, menciona implícitamente la complejidad de la institución universitaria. Complejidad que se pone de relieve en la multitud de instituciones universitarias o para-universitarias. Junto a las tradicionales facultades, la existencia de departamentos de investigación, escuelas experimentales, centros de divulgación o cursos de extensión, escuelas profesionales, comisiones y relaciones con instituciones pública y privadas, ha per-

mitido al autor del mencionado libro, presidente de la Universidad de California, escribir que la universidad de hoy no es realmente una universidad, sino una *multiversidad*. He aquí un concepto y una palabra muy dignos de ser mencionados.

«La idea de una multiversidad—en palabras del libro citado—no tiene su trovador para cantar sus alabanzas, no tiene profeta para anunciar su futuro, no tiene guardián para proteger su integridad; tiene sus críticos, sus detractores, pero tiene también su realidad enraizada en la lógica de la historia. La multiversidad es un imperativo más bien que una elección razonable entre elegantes alternativas.»

Pero acontece que no sólo la universidad se complica hasta dar pie para que se la considere como una pluralidad de organismos, sino que también, en los tiempos actuales, estamos asistiendo a la adjetivación del concepto de universidad, lo cual indica la existencia de distintos tipos de instituciones universitarias. Tal, por ejemplo, la denominación española de universidad laboral y la denominación, muy extendida en otros países, de universidad popular. Tanto estas denominaciones como la de multiversidad, parecen una *contraditio in terminis* respecto del concepto tradicional de la institución universitaria. Pero cuando las cosas ocurren, alguna razón hay.

En unos casos, como en el uso del término *universidad laboral* o *universidad popular*, se trata tal vez de utilizar el prestigio de la universidad para dar una mayor prestancia social a determinadas actividades culturales o educativas. En otros casos es el prestigio mismo de la universidad el que corre el riesgo de ser disminuido si la institución universitaria se limita a quehaceres culturales que tuvieron su sentido, pero que van perdiendo vigencia respecto de las necesidades sociales del país en que la universidad vive.

No quisiera dejar la impresión de que la actual etapa de transformación que la universidad sufre, como la de cualquier institución escolar, se resuelve sólo en una complicación, centrífuga en cierto modo, de los organismos de la vida universitaria. Junto a la idea de multiversidad se pue-

de señalar la preocupación de las mentes, tal vez más agudas y profundas, por restaurar y revigorizar el concepto tradicional de universidad. Tal el caso de Jasper llamando la atención sobre la inutilidad de toda reforma universitaria mientras no se garantice el cuidado de la cultura en sus raíces más profundas, o el más reciente humanismo de Bland Beansard, que, en términos un tanto extraños, pero bien significativos en la hora actual, dice que el *test* de una universidad está en ver «qué clase de persona produce».

El problema de los niveles de educación hoy.

Las breves notas apuntadas ponen de relieve que la estratificación tradicional del proceso educativo en los niveles primarios, secundario y universitario está pasando por una crisis que, entre otras, tiene las manifestaciones siguientes:

1.^a La enseñanza primaria, nocional y operativa, no basta ya para resolver los problemas del hombre de hoy.

2.^a La educación secundaria se está fragmentando en un primer ciclo de carácter básico y general parecido a la enseñanza primaria, y en un segundo ciclo diferenciado, y que no es sólo propedéutico, sino que a veces se superpone con la vida universitaria.

3.^a La universidad, en función de la evolución técnica y de los cambios sociales, ve multiplicadas sus responsabilidades, y mientras tiene la posibilidad de influir cada vez más en la vida social, corre el riesgo de disgregarse ella misma como institución.

A la vista de estos hechos se pueden presentar las siguientes alternativas:

1.^a Mantener los niveles de educación tradicionales, procurando que cada uno tenga su propio contenido con una ligazón racional entre los distintos niveles, en definitivas etapas de un mismo proceso educativo, evitando la superposición de instituciones y de actividades.

2.ª Unificación del tradicional nivel primario con el ciclo básico de la enseñanza media para constituir un único ciclo general y obligatorio. Supuesta la mencionada unificación, toda la enseñanza posterior sería diferenciada, presentando a su vez una doble alternativa: por un lado, el cultivo de la vocación científica, que se traduciría en estudios humanísticos o científicos de tipo medio que desembocarían después en facultades universitarias de tipo cultural predominante, y por otro lado, los estudios profesionales, que apuntarían a las profesiones de tipo medio en el nivel secundario y a las profesiones cualificadas o altamente cualificadas en el nivel universitario.

Sea cualquiera la alternativa que se elija, se han de plantear problemas complicados, tanto en el campo del contenido didáctico y de orientación cuanto en el de personal docente y en el de las estructuras administrativas. Pero un replanteamiento del campo total de la educación es condición previa para que los esfuerzos económicos y personales aplicados a la formación de la juventud alcancen toda la eficacia que la sociedad española necesita.